



HAY PARA CONTAR

QUERÉTARO 2016

Gaceta oficial gratuita • Hay Festival Querétaro 2016 • Año 1 • Número 4 • 4 de septiembre de 2016

De papeles y basureros

Elena Poniatowska |

La muerte del escritor Ignacio Padilla tiñe de tristeza el Hay Festival y recuerdo hoy como nunca su amor al Quijote y la luminosidad de su sonrisa.

EN LA CIUDAD DE QUERÉTARO había un excelente sistema de recolección de basura que ganó dos veces seguidas «La escoba de plata» que brinda la Asociación de Barrenderos de toda Iberoamérica. El centro histórico de esta joya colonial estaba extraordinariamente limpio. Los camiones repletos de cáscaras de naranja y calcetines agujereados pasaban en la noche sin estorbar a nadie. El actual alcalde decidió que era demasiado oneroso sostener ese sistema de limpia, corrió a todos los



barrenderos y contrató a una empresa privada. Los resultados están a la vista. El escritor Román Cortázar, que vive en Querétaro, cuenta que hace dos días, los empleados anunciaron que pasarían entre las diez y las once de la noche a recoger la basura y todavía ahora el bote sigue rebosando cabezas de pescado y lechugas ya lacias.

Antes, ver el camión de la basura en las calles del centro histórico en la noche cuando todos los queretanos se encierran a leer en su casa era un pensamiento reconfortante, pero ahora la recolección de basura es una calamidad porque se hace a la hora más congestionada, las dos de la tarde, cuando el flujo de automóviles alcanza su densidad más alta en las bellas y estrechas calles de Querétaro.

¿Cómo es posible que se despidieran a los basureros y a los barrenderos –una de las poquísimas buenas funciones del estado de Querétaro– para reemplazarlo por un sistema aleatorio e ineficiente? El pretexto es que no hay dinero para pagarles a hombres de escoba, pero sí lo hay para contratar a una compañía de robots.

Hace un mes hubo una marcha de recolectores de basura que exigían una explicación. México siempre fue un país en el que cada quien sabía barrer

su pedazo de calle e incluso regarlo para que se seca al sol. En muchas ventanas se acostumbraron las macetas con geranios y recuerdo que una mañana cuando felicité a una muchacha por su buen trabajo, respondió con una sonrisa: «Es que quisiera que mi calle fuera la mejor barrida del mundo».

De que México entero necesita una buena barrida, no nos quepa la menor duda.

¿Qué tiene que ver la barrida y la fregada con una reunión de escritores en Querétaro? ¿Quién va a recoger ahora nuestras hojas en blanco, nuestros borradores, nuestros actos fallidos, la multitud de flamantes palabras que salgan de nuestra boca? ¿Quién se hará garante de nuestros esfuerzos de oratoria siempre renovados? ¿Qué diría Hugo Gutiérrez Vega de la acumulación de ideas y

ocurrencias que vuelan en pasillos y salas de conferencias sin que alguien se responsabilice de ellas? ¿Qué pasaría si escribiéramos mejor y menos? ¿Qué diría el poeta Francisco Cervantes, gran amigo de Álvaro Mutis, quien ganó el Premio Heriberto Frías (otro gran escritor queretano)? ¿Qué dirían nuestros ilustres visitantes al saber que nadie va a vaciar su papelera ni su vertedero de demasiadas cerebrales? Podría creerse que la basura y la escritura tienen poco en común, pero estaríamos cometiendo una

grave equivocación. Quizá podría explicárnoslo el queretano Fernando Jiménez, panadero de 27 años, quién acaba de terminar su carrera de psicología en la Universidad Autónoma de Querétaro y ha ganado dos premios de literatura. Alfonso Reyes tenía una cocinera que sacaba de su cesto papeles arrugados, los alisaba, planchaba y archivaba bajo el rubro: «Papeles rotos del escritor Alfonso Reyes». Elena Garro nos contó que cada vez que atravesaba el océano en un trasatlántico perdía el manuscrito de *Los recuerdos del porvenir*. Efrén Hernández sacó de la basura los primeros cuentos de Juan Rulfo y le dijo: «Aquí hay unos detallitos». Guadalupe Amor escribió en la bolsa del pan y con el lápiz de las cejas sus sonetos a Dios. Gabriel Guerra Castellanos publicó *Álbum de familia de Rosario*, su madre, y le hizo una mala pasada porque su destino era el del olvido como bendito es el carro de la basura que todos extrañamos cuando se ausenta más de dos días y de nuestros despojos salen efluvios que todos quisiéramos olvidar.

Se supone que ninguna reunión de escritores, críticos literarios, lectores, futuros creadores y analistas tiene que ser un martirio pero si no pasa el camión de la basura a transformar en abono nuestros esfuerzos, el Hay Festival (que traducido al español es Festival de la Paja) ¿acaso cosechará las rubias espigas de la creación literaria? •

La foto del día

Daniel Mordzinski



Eduardo Sacheri
© Daniel Mordzinski

Marginados

| Ryan Gattis

ESTOY ESCUCHANDO PUNK ROCK mientras espero al autobús en el mismo sitio de siempre, en la calle Pacific, esquina con la calle 7, en San Pedro. Son casi las diez en Los Ángeles, pero ya se siente el calor, y las puertas de la oficina de recaudación de impuestos a mis espaldas están abiertas, como si esperaran recibir a la brisa. En la diagonal más alejada de la intersección, el Centro Cultural Croata aún luce apagado en su interior. Del otro lado de la calle 7 hay una casa de empeño —«casa de empeño», reza la marquesina— que la semana pasada había anunciado su cierre, o eso decía una hoja de papel pegada al cristal de su puerta. Sin embargo, la hoja de papel ha desaparecido, las persianas de metal están alzadas, y la puerta está abierta. Es de día, pero la luz de neón que pone «7 Días» está encendida tras la ventana.

La casa de empeño está frente a mi parada de autobús. La observo tanto como observo el mural de la tienda de camisetas que se encuentra un poco más adelante, con su puente negro, pintado con pintura de aerosol; en ambos casos, los contemplo como una especie de pausa visual, cuando no miro a la gente. Al igual que en la música, podría llamársele un descanso. Son necesarios esos descansos para no quedar abrumados, para que no todo lo que vemos se convierta en un caos. Y necesito también a la gente. Necesito verlos e intentar descifrarlos. Intentar saber cómo son sus vidas. Me extrae de mi propia cabeza.

Todo depende del barrio, pero, en general, tomar el autobús es la forma más rápida de darse cuenta de cómo es la ciudad de Los Ángeles para todo el mundo, principalmente para los marginados. Es importante ver gente. La mayor cantidad posible. En público. Bajo un contrato social de modales que no todo el mundo cumple. A algunos nunca se les enseñó. Otros no quieren observarlo. Otros no pueden. Pasar tiempo al lado de extraños de los que no sabemos qué esperar te mantiene alerta, te mantiene prestando atención en todo momento, y no hay nada mejor para ello que los autobuses de Los Ángeles, atestados con una amplia gama de pasajeros: todo tipo de personas, de toda raza, lengua, gente con y sin discapacidades. En ningún otro lugar del planeta se encontrará una variedad tan amplia, una muestra de cómo este país les crispa los nervios o los apabulla.

Por ejemplo, este momento. Aún no me he subido al autobús, y se aproxima un hombre que cojea, secándose el sudor de la nuca con una mano.



Lleva puesta una ropa sumamente abombada. Sus jeans son tan largos que no parecen recortados, sino que dan la impresión de amontonarse sobre sus zapatos. Lleva una camiseta negra de manga corta puesta sobre una camisa blanca de manga larga. Es ropa que alguna vez perteneció a su hermano mayor, o que le fue donada. Lleva una delgada cadena alrededor de su delgado cuello. La cabeza afeitada. Tiene un ojo hecho mierda. El derecho. Le dieron un golpe, o tuvo una mala caída, es evidente. Ese ojo no verá más las cosas del mundo. Sin embargo, el otro trabaja a marchas forzadas, y me mira mirándolo. Acomoda su cuerpo para mirarme con mayor intensidad, me coloca en su lado izquierdo. El lado de su ojo bueno. Me calibra.

Apago la música pero no me quito los audífonos. Maniobro en mi teléfono, borrando correos electrónicos, para hacer algo genuinamente y no sólo fingir que lo hago. No quiero tener ningún problema con este tipo. Para hacérselo saber, me giro un poco, alineo mi cuerpo con el suyo, para mostrarle que sé que me mira. Quiero que sepa que lo estoy monitoreando, que estoy listo para reaccionar si se hace necesario. •

Traducción de Eduardo Rabasa

Shoot the messenger | Sophie Hughes



Sophie Hughes
© Daniel Mordzinski

«Formaron a los traductores y después les dispararon. «¿Cuál era el poeta?», preguntó el soldado. El cuarto de la hilera. Tal vez el quinto. En el fondo daba lo mismo».

Me gano la vida tomando prestadas mejores frases de las que yo puedo inventar, así que no me molesta comenzar con esta cita de George Szirtes, el poeta y traductor de László Krasznahorkai (el autor de *Y Seiobo descendió a la Tierra* y *Guerra y guerra*), afincado en Inglaterra, proveniente de un texto llamado «Afterword: The Death of the Translator» (*The White Review*, 2014). Szirtes añade a lo anterior: «El traductor yacía muerto, pero enterraron a alguien más».

En el Reino Unido y Estados Unidos existe una legión de editores, agentes literarios, críticos, blogeros y traductores que dedican sus vidas profesionales a la promoción, y a menudo la defensa, de la traducción literaria. Y lo hacen por una buena razón: dejando de lado pequeñas fluctuaciones porcentuales, tan sólo 3% de todos los libros que se publican en el Reino Unido y Estados Unidos son traducciones (no sólo de narrativa, sino de todos los géneros). Como ha dicho la directora de Literature Across Frontiers, Alexandra Büchler: «Es un porcentaje vergonzosamente bajo». Para poner un ejemplo: las traducciones de autores latinoamericanos, si bien están mejor representadas que las de autores africanos o asiáticos, continúan siendo una especie rara en las librerías anglosajonas.

Sin embargo, el hecho de que la cifra sea tan baja –los traductores somos subalternos en un mundo en el que, según los editores que se resisten a publicar traducciones, a los lectores les repele la idea de leer a los grandes escritores a través de las palabras de simples traductores– es parte de la razón que ha hecho que la comunidad formada en torno al oficio de la traducción literaria atraviese un momento tan vibrante. Nunca olvidaré a un traductor alemán que formaba parte del público en un evento sobre traducción llevado a cabo en la Feria del Libro de Londres, que nos preguntó a los panelistas «¿Por qué teníamos que armar tanto alboroto al respecto?». Una posible respuesta es que en Alemania tienen un gran mercado del libro, con una sana producción doméstica y de traducciones. En el Reino Unido no es así.

En la Ciudad de México, lugar en el que he vivido los últimos dos años trabajando como traductora literaria, las reacciones más comunes en una fiesta al responder acerca de mi profesión son: a) mi interlocutor se marcha en busca de alguien con un poco más de caché (por ejemplo, un escritor) o, b) me preguntan si además de traducir también escribo. (Quizá esta actitud sea culpa de Julio Cortázar, quien admitió abiertamente que sólo traducía a Edgar Allan Poe por el dinero. O de Samuel Beckett, cuando tradujo la poesía de Alfonso Reyes (incluida en la antología realizada por Octavio Paz en 1958, titulada *Anthology of Mexican Poetry*) por razones meramente comerciales, y que describió la experiencia ante Kay Boyle como «sin lugar a dudas, mi

peor experiencia literaria». Después añadió frente a Aidin Higgins que la enorme mayoría de los poemas eran «una mierda»).

Lo que quizás muestran las anécdotas sobre las respuestas alemana y mexicana es que entre más común e importante sea la traducción para un determinado mercado del libro, es más probable que los traductores realicen su labor de manera discreta, y que por tanto sea menos visible la figura pública del traductor literario. La ironía es que si hubiera muchos más libros traducidos en Estados Unidos o en el Reino Unido, los traductores seríamos uno más entre miles, auténticos don nadie, o, para ponerlo en las palabras de Szirtes, simples cadáveres.

Sinceramente, preferiría ser un cadáver en este sentido del término a que la traducción literaria continúe siendo un nicho, o que mis escritores latinoamericanos y españoles favoritos no estuvieran disponibles en Estados Unidos o el Reino Unido. Y es justo al punto al que quería llegar: a los traductores les importa más tu literatura nacional que a nadie en el mundo. Esto abarca desde la gallarda generación que se montó en la ola del boom latinoamericano, como el finado Gregory Rabassa, Suzanne Jill Levine y Edith Grossman, hasta la más reciente generación que promueve incansablemente a sus autores en países en los que se nos dice que a nadie le interesa,

compuesta por gente como Sam Schnell, Natasha Wimmer, Margaret Jull Costa, Anne McLean, Rosalind Harvey, Frank Wynne, Megan McDowell, Daniel Hahn, Christina MacSweeney, Nick Caistor, Heather Cleary, Lisa Dillman, por nombrar a los primeros que me vienen a la cabeza.

Sabemos lo que ahuyenta a los editores de publicar más traducciones: es costoso, laborioso, y al parecer nadie quiere leer una versión en segunda mano de Juan Rulfo (no reparemos en el hecho de que la mayoría de la gente que considera conocer íntimamente la obra de Dostoevski no haya leído sin filtros ni una sola palabra por él escrita). Y sin embargo, aquí seguimos, conformando una larga lista –de potenciales condenados al paredón– de traductores del español al inglés que trabajan para procurar su propia extinción; para asegurarnos de que llegue el día en que nadie note lo que hacemos; para normalizar la lectura de libros de tierras lejanas y no tan lejanas, de manera que la próxima vez que un lector estadounidense tome una novela en la librería McNally Jackson, de Nueva York, escrita por Bellatin, Boullosa, Enrique, Herrera, Jufresa, Luiselli, Monge, Saldaña París, Velázquez o Villalobos (por mencionar algunos novelistas mexicanos recientemente publicados en Estados Unidos) no le haga el feo a aquellos mexicanos que han logrado cruzar la frontera literaria.

Los traductores podemos morir, pero, por favor, no entierren a los autores. •

Traducción de Eduardo Rabasa

Hay-on-Hoy

Esta redacción reconoce sentidamente su culpa en un penoso acontecimiento suscitado en el Hay Festival, protagonizado en su mayoría por la poeta, narradora, editora y gurú de lifestyle, Gabriela Jauregui. Todo comenzó cuando por un error imperdonable, se publicó incompleto un poema suyo en la edición del primer día de *Hay para Contar* Querétaro. Conocedores de su volátil temperamento, los editores buscaron ocultarle la publicación de todas las maneras posibles, pero cuando finalmente se retiró a su habitación (tras terminarse casi una botella de tequila entera en compañía de Mariana H en el bar del hotel), nadie contaba con que la esperaba un ejemplar sobre su cama. Los vecinos de habitación comentaron a las autoridades que empezaron a escuchar unas carcajadas demenciales, alternadas con unos agudos gritos de «oooooooooooooo ooooooooooooo», que a su vez casi producen un ataque de nervios a una señora mayor que descansaba plácidamente en el cuarto de junto. Era tal el alboroto que agentes de seguridad del Gran Hotel irrumpieron en su habitación, momento en el cual Jauregui, en uno de sus intempestivos cambios de humor, apareció sentada plácidamente ante su escritorio, con cara de estar esperando que las musas le dictaran una vez más unos versos como los que, por culpa de esta redacción, el mundo ya jamás conocerá. Les pedimos nuestras más sentidas disculpas.

Como bien dicen por ahí, no hay plazo que no se cumpla, y el viernes 2 de septiembre de 2016 pasará a la historia como el día en que Juan Cárdenas fue finalmente fotografiado por la lente de Daniel Mordzinski. Comentan testigos presenciales que Cárdenas accedió tras obtener la solemne promesa de que no aparecería en la foto, con lo cual se ha creado

un gran revuelo para ver cómo logró Mordzinski conjuntar esa promesa con el hecho de que normalmente un fotografiado suele aparecer en su propia fotografía. Asimismo, fuentes anónimas confiaron a esta redacción que, para evitar posibles acusaciones de divismo, Cárdenas reveló las razones para su reticencia a ser fotografiado: al parecer, desde su más tierna infancia le cuestionó a sus padres la violencia colonialista imbuida en la noción de género, por lo que les armaba una rabia si en las solicitudes de pasaporte tachaban la casilla de «masculino» o «femenino», actitud que una vez ingresado en la preparatoria condujo a que sus compañeros lo apodaran «el David Bowie de Popayán». Al radicalizarse con el tiempo, decidió que una vez que fuera un autor consagrado lucharía contra los estereotipos de género y jamás posaría como mercancía literaria para consumo industrializado, precepto que creía haber cumplido a cabalidad hasta el día de ayer. ¡Toda nuestra admiración para el gran Fotinski, que logró vencer el cerrojo del tozudo novelista colombiano!



Entrevista con Nell Leyshon

| Diego Rabasa

En el evento sobre Shakespeare y Cervantes hablaste de la importancia que tienen la voz y el sonido en general en tu literatura. Relataste la relevancia que tiene para ti escuchar, en la calle, en distintos ambientes, a las personas conversando, ¿es ésta la razón por la cual los personajes de tus novelas están escritos a través de esa primera persona tan íntima, para poder acceder de manera más cabal al sonido de su pensamiento y de su voz?

Sí, totalmente. Nunca veo a mis personajes y generalmente no veo nada en ningún libro, todo lo escucho. Es como si fuera música para mí, la música dentro de la voz. Y no es sólo en los diálogos, es la musicalidad en la estructura de las oraciones también. La sintaxis, la puntuación, todos esos elementos tienen que ver con el ritmo que quiero imprimir, escuchar.

¿Cuáles son los desafíos de escribir novelas que gravitan tan poderosamente alrededor de un personaje (Mary en la primera, Gary en la segunda)?

Cuando uno escribe una novela que emerge toda de la misma voz, tiene una ventaja importante: hay muchas limitaciones acerca de lo que puedes hacer. El problema con la escritura es que puedes hacer lo que se te dé la gana, es un espacio de libertad absoluta. Así que en algún momento tienes que tomar la decisión de qué quieres escribir, porque no lo puedes escribir todo y utilizar todas las interminables alternativas que tienes a tu disposición. Lo maravilloso de las novelas de voz es que la voz controla lo que puedes decir, lo que puedes hacer y lo que puedes ver como escritor. Controla el registro del lenguaje también. Controla el tipo de puntuación que debes de utilizar. Lo controla todo. Esto es algo maravilloso porque es como si te hicieran un regalo y tú no tienes que preocuparte porque sólo tienes que seguir al personaje a donde quiera que vaya. La contraparte de esto es que limita tu perspectiva a la del personaje. Así que si yo estoy escribiendo como Gary, no puedo utilizar el lenguaje que a mí me interesa y me veo obligada a limitar mi visión sobre el mundo a la de él. Porque para ser auténtico, no puedes permitir que tu voz interfiera con el relato. Te tienes que deshacer de tu propia voz.

Hay una frase de Gary que me parece que sintetiza un cierto carácter trágico y oscuro en tu literatura: «Llegamos al mundo desnudos, hijos de padres dañados». Ambas novelas tienen, detrás de estas voces fantásticas y entrañables, un trasfondo duro y doloroso también. ¿A qué se debe esto?

Esta es una frase que le escuché a un gitano que había sido arrojado al mundo en la más difícil de las circunstancias y me pareció tan poderosa que decidí usarla. Es cierto, ¿no? Nacemos desnudos, y somos tremadamente suertudos si llegamos al mundo en un entorno en el que nos quieren y nos proponen cuidados, pero hay mucha gente que no tiene esta suerte. El



Nell Leyshon
© Daniel Mordzinski

Es como si fuera música para mí, la música dentro de la voz. Y no es sólo en los diálogos, es la musicalidad en la estructura de las oraciones también. La sintaxis, la puntuación, todos esos elementos tienen que ver con el ritmo que quiero imprimir, escuchar.

problema cuando quieres escribir acerca de personajes marginalizados –algo que definitivamente me interesa– es que estás obligado a ser honesto con ellos y esto implica muchas veces tener que entrar en zonas oscuras y dolorosas. Personalmente no disfruto las expresiones creativas *light*. Creo que cuando uno aborda un personaje que ha sufrido, debe honrarlo entrando en zonas que lo representen.

Hay otro asunto que conecta las novelas: la posibilidad de la redención. Cuéntame por favor qué hay detrás de esto.

Sí, es cierto, en ambos casos la redención es muy importante pero por distintas vías. En el caso de Mary, su redención proviene de la capacidad que desarrolla de ser testigo de lo que le sucede. La paradoja está en que el libro existe gracias a que ella tiene la capacidad y la necesidad de escribirlo. Al final del libro –sin arruinar el suspense (risas)– ella dice «Soy libre». Para mí la libertad es justamente de lo que se trata y ella al final lo consigue, liberarse. Es difícil tener una perspectiva positiva con respecto al desenlace, pero al final ella consigue aquello que estaba buscando y esto es algo que la mayoría de las personas en el mundo no logran.

En el caso de Gary la redención es muy diferente. Esta se ubica en su capacidad de permanecer en la sociedad como una persona rehabilitada y de hecho consigue volver a vincularse con ésta. Era muy importante para mí mostrar eso: somos increíblemente prejuiciosos con el pasado de las personas. Y esto se vuelve una carga muy pesada. Las personas que han tenido un pasado difícil tienen que encontrar la forma de reinventarse. Hemos de alguna forma convenido en que las personas no pueden cambiar demasiado quiénes son. Yo he aprendido que esto está muy alejado de la realidad. En mi experiencia trabajando con personas marginalizadas he visto estas transformaciones en muchas ocasiones. Un año estás trabajando con alguien que duerme en la calle, en las condiciones más difíciles, y al siguiente esa misma persona está inscrita en la universidad completamente transformada.

Los seres humanos son increíblemente complejos y no podemos reducirlos por su pasado o por una circunstancia particular en sus vidas. Creemos que porque estamos en un lugar y en un momento determinados eso nos confiere un estatus real y definitivo, tú y yo sentados en este lugar, en este instante, por ejemplo. Pero esto es sólo la forma en la que somos dado el contexto y las circunstancias actuales. Y esto es algo que me parece fundamental en general y más aún para un escritor: tener la capacidad de albergar en la mente múltiples realidades. •

Poema

Martha Favila

En la luz más pura del día
como por un relámpago infinito
se ilumina el paisaje.

Esta luz es una bendición
que toca la frente de las cosas,
atraviesa los nombres.

Son las doce:
el mediodía dibuja
gestos en la cara de la gente.

Son las doce en el corazón de la tierra.

Hormigas van y vienen,
su roce con la vida
se parece a la calma

El ritmo de sus patas
hace huecos en el tiempo,
no existe nada más
que su pequeño discurrir sin alma
y este intenso destello.

De *La frente de las cosas/Poesía reunida 1988-2008*;
Fondo Editorial de Querétaro, 2009.



HAY FESTIVAL

QUERÉTARO

www.hayfestival.org/queretaro

[f hayfestivalqueretaro](#)

[t @hayfestival_esp](#)

#HayQuerétaro16

Actividades del domingo 4 de septiembre

Recordando a los grandes: Shakespeare, Cervantes y el Inca Garcilaso. J.M.G. Le Clézio, Margo Glantz y Cees Nooteboom en conversación con Gaby Wood

□ [44] 11:00 – 12:00 • Teatro de la Ciudad

Las tristezas de México. Diego Enrique Osorno y Sergio González Rodríguez con Felipe Restrepo Pombo

✉️ ☎ [45] 11:00 – 12:00 • Cineteatro Rosalío Solano

Mujeres, México y la violencia de género. Las Hijas de Violencia y Sanjuana Martínez en conversación con Juan Carlos Pérez

✉️ ☎ [46] 11:00 – 12:00 • Patio Delegación Centro Histórico

Caricatura política. Xavier Bonilla «Bonil» y José Hernández en conversación con Diego Rabasa

✓ [47] 11:00 – 12:00 • Museo de la Ciudad (Sala Christo)

Taller de monstruos con Juan Gedovius

✓ [GR] [HF6] 11:00 – 12:00 • Jardín Guerrero

Para niños de 7 a 10 años

Los derechos humanos en Latinoamérica. Luis Moreno Ocampo en conversación con Javier Solórzano

✉️ [48] 13:00 – 14:00 • Teatro de la Ciudad

Después de Ayotzinapa. Sanjuana Martínez, Sergio González Rodríguez, Carmen Boullosa y John Gibler en conversación con Juan Carlos Pérez

✉️ [50] 13:00 – 14:00 • Cineteatro Rosalío Solano.

Rodrigo Blanco Calderón en conversación con Guillermo Núñez

□ [51] 13:00 – 14:00 • Museo de la Ciudad (Sala Christo)

Gerardo Herrera Corral: Universo. Física más allá de la imaginación

🌐 [GR] [HF7] 13:00 – 14:00 • Jardín Guerrero

A partir de 14 años

Mario Bellatin y Margo Glantz en conversación con Gabriela Jauregui

□ [52] 17:00 – 18:00 • Teatro de la Ciudad

Rosa Beltrán en conversación con Irma Gallo

□ ✉️ [53] 17:00 – 18:00 • Cineteatro Rosalío Solano

Historias de rock. Jacobo Celnik en conversación con Mariana H

□ 🎵 [54] 17:00 – 18:00 • Museo de la Ciudad (Sala Christo)

Con el apoyo de la Embajada de Colombia

Gabriela Ybarra y Maruan Soto Antaki en conversación con Yael Weiss

□ [55] 17:00 – 18:00 • Patio Delegación Centro Histórico

Con el apoyo de Acción Cultural Española

Proyección de la película Regreso a Ítaca

🎬 [57] 19:00 – 20:45 • Cineteatro Rosalío Solano

Idioma: español. Duración: 95 minutos

Webcomic y otras historias. Jours de Papier en conversación con Carmen Rioja

□ ✓ [58] 19:00 – 20:00 • Museo de la Ciudad (Sala Christo)

Gala de los pequeños homenajes

□ [59] 19:00 – 20:00 • Jardín Guerrero

Con el apoyo de Acción Cultural Española y la Embajada de Colombia

Espectáculo musical y poético con Marwan

□ 🎵 [60] 20:30 – 21:30 • Cineteatro Rosalío Solano

TR Traducción simultánea VOS Versión original subtitulada

GR Evento gratuito RS Interpretación a lengua de señas

L Literatura A Arte C Cine M Música

C Ciencia P Periodismo DH Derechos Humanos

Patrocinador principal



Socios globales

